

ARMANDO BETANCOURT R.
DOCTOR EN ODONTOLOGIA

BOLIVAR
Y
SAN MARTIN
EJEMPLOS DE AMERICA

CARACAS: DICIEMBRE DE 1945

F

980.02092

B562

STA. EL COLO

CaL 6374



BIBLIOTECA NACIONAL
COLECCIÓN
BIBLIOGRÁFICA GENERAL

CAL 6377

F980.02092
B562

ARMANDO BETANCOURT R.
DOCTOR EN ODONTOLOGIA

BOLIVAR
Y
SAN MARTIN
EJEMPLOS DE AMERICA

CARACAS: DICIEMBRE DE 1944

EMPRESA EL COJO
1945

DEL AUTOR:

EN PREPARACION

BOLÍVAR FILÓSOFO

ENSAYO SOBRE EL GENIO

EN LA CORTE DE LA HISTORIA

(FANTASÍA)

DICCIONARIO DE HISTORIA AMERICANA

CLASIFICACION DE GRANDES HOMBRES

ACLARATORIA

En este sencillo trabajo con algo de buena voluntad me esfuerzo en presentar (quizás por vez primera) a Bolívar y a San Martín llenando cada cual su misión, dentro de lo *grande y noble* que les cupo en la proeza de independizar la América.

Rebusco lo bello y lo romántico para presentarlos como «Ejemplos de América» dejando a un lado todo lo desagradable que han creado algunos regionalistas que han creído posible la *comparación en todos los sentidos*.... sin tomar en cuenta que Bolívar es único en los fastos de la historia y que su grandeza es tal, que se levanta paralela al infinito.

Motivos para polemizar....? claro que los hay! y bien los conocen los versados en historia Americana, como también conocen de donde ha partido esa corriente.

Pero llegada es la hora de que se haga labor edificante y constructiva por lo menos en obsequio de la Unidad Continental ya que hasta ahora no se ha hecho, acatando el respeto que se les debe a sus venerandas cenizas....

EL AUTOR.

I

¿Qué puede decir un insignificante americano de este siglo, con respecto a los inmortales que plasmaron nuestra historia?

Difícil tarea.... pues todo lo que no sea formar de su memoria un culto, es majadería.

Habiendo creado el hombre la fórmula infinito para lo que no es dado medir como el Universo, aplíquense esta fórmula los críticos o los Grandes Hombres que como ha dicho Carlyle: «*Su historia es el alma de la historia del mundo entero*».

El índice intelectual de los pueblos se puede medir por la capacidad para comprender a sus Grandes Hombres y por esto vemos que hasta el momento ellos no han sido comprendidos, porque el atraso intelectual de las sociedades no les permitía reconocer a sus benefactores, especialmente del pasado siglo hacia atrás.

Para saber si un hombre fué grande, bástanos mirar su obra si es meritoria y luego estudiar los últimos tiempos de su existencia: si fué proscripto por sus beneficiarios, si fué calumniado, si fué herido en lo más íntimo de su sér, podemos estar seguros que fué un Grande Hombre. La historia de la humanidad arrastra las oprobiosas cadenas de la injusticia que ha

cometido en todos los tiempos para con sus benefactores, los cuales pasan a mejor vida amargados de la incomprensión, de la maldad y hasta del odio de sus semejantes. que para colmo de ironía, son los que gozan de una civilización y una cultura que los Grandes han edificado.

Sócrates, Jesús, Giordano Bruno, Spinoza, Bolívar, Beethoven, San Martín, Képler, Horacio Wells (*) y otros tantos que harían esta lista interminable, nos evocan los adelantos en filosofía, artes, descubrimientos, libertad, ciencias, etc.

El honor que se les rinde es generalmente después de su muerte y es atributo característico de ellos que se les comprendan sus verdades y sus beneficios después de pasada su generación: ya lo dijo San Martín con-

(*) Horacio Wells fué el primer hombre que aplicó la anestesia en una intervención quirúrgica, pudiéndose considerar como el descubridor de la misma, y por este motivo es, sin lugar a dudas, el más grande benefactor de la humanidad.

Horacio Wells nació el 21 de junio de 1815. Estudió Odontología en Boston. Estableció un gabinete dental en Hartford, Conecticut. En 1840, después de una extracción muy difícil, exclamó: «Debería existir algún método para mitigar tanto sufrimiento».

El 10 de diciembre de 1844 asistió a una conferencia que dió en Hartford el doctor G. Q. Colton sobre los efectos del protóxido de Azoe. Wells observó que un joven que inhaló el gas perdió la razón, hasta el extremo de volverse ingobernable.

En tal estado el joven se lesionó una pierna, manándole la sangre de la herida y no obstante le aseguró a Wells, que no había sentido nada absolutamente.

El incidente llamó mucho la atención de Wells y a la mañana siguiente, mientras el doctor Colton le aplicaba el gas, su antiguo discípulo Riggs le extrajo un gran molar, al mismo Wells.

Al recuperarse y ver la muela extraída exclamó triunfante: «He aquí una nueva era de la extracción dental. No me ha dolido ni siquiera como la picadura de un alfiler: *Es el descubrimiento más grande que se ha hecho*».

Después de muchas vicisitudes y penalidades la desesperación se apoderó de Wells, quien decidió suicidarse el 24 de enero de 1848.

Pocos días después de su muerte, llega la grata nueva en que la Sociedad Médica de Francia acordaba que al Doctor Horacio Wells, de Hartford Conecticut, Estados Unidos de América, se debe todo el honor de haber sido el primero que descubrió y aplicó con éxito, el uso de vapores o gases, por medio de los cuales, pueden practicarse sin dolor operaciones quirúrgicas.

vencido de esta realidad: «En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en la mayoría de las cosas) dividirán sus opiniones: los hijos de éstos darán el verdadero fallo».

La humanidad no comprende bien el insigne beneficio que ellos le han hecho al introducir en la mente de los hombres sus ideas y principios, cuyo peso intrínseco, es producto de los más auténticos potenciales psíquicos, dando de esta suerte el empuje que pone en movimiento la gran rueda de la civilización. Ellos representan a los escogidos, los que en verdad sí parece que fueron hechos «a imagen y semejanza de Dios».

En todas las épocas, cuando se han presentado problemas complejos a la humanidad, vemos que son los Grandes Hombres los que vencen la adversidad, salvan los escollos y enrumban la civilización por derroteros que cada vez tienden más a la perfección.

América era una rémora en la revolución social que habían provocado los colosos del pensamiento: Rousseau, Voltaire, Montesquieu, etc., etc. Los hombres eran esclavos; las sociedades políticamente hijastras de la corte; la palabra libertad les estaba vedada a los colonos; la política era privilegio de los españoles y sería más exacto llamarla despotismo; la instrucción se reducía a fanatismo por la religión y por los reyes y la moral si se aprendía era mala, de acuerdo con los ejemplos que daban los dirigentes. En este estado de cosas estuvieron sumidos millones de hombres por más de tres siglos... para despertar de pronto con un mismo espíritu y un mismo grito, el de libertad!!

No se debe considerar como mera casualidad el hecho de que el pronunciamiento haya sido históricamente simultáneo en todo el continente. Hay que buscarla más bien en la conciencia que según el decir de Spencer «es producto de la evolución», de esa evolución natural de la historia que tiende al mejoramiento de la humanidad.

cometido en todos los tiempos para con sus benefactores, los cuales pasan a mejor vida amargados de la incomprensión, de la maldad y hasta del odio de sus semejantes, que para colmo de ironía, son los que gozan de una civilización y una cultura que los Grandes han edificado.

Sócrates, Jesús, Giordano Bruno, Spinoza, Bolívar, Beethoven, San Martín, Képler, Horacio Wells (*) y otros tantos que harían esta lista interminable, nos evocan los adelantos en filosofía, artes, descubrimientos, libertad, ciencias, etc.

El honor que se les rinde es generalmente después de su muerte y es atributo característico de ellos que se les comprendan sus verdades y sus beneficios después de pasada su generación: ya lo dijo San Martín con-

(*) Horacio Wells fué el primer hombre que aplicó la anestesia en una intervención quirúrgica, pudiéndose considerar como el descubridor de la misma, y por este motivo es, sin lugar a dudas, el más grande benefactor de la humanidad.

Horacio Wells nació el 21 de junio de 1815. Estudió Odontología en Boston. Estableció un gabinete dental en Hartford, Conecticut. En 1840, después de una extracción muy difícil, exclamó: «Debería existir algún método para mitigar tanto sufrimiento».

El 10 de diciembre de 1844 asistió a una conferencia que dió en Hartford el doctor G. Q. Colton sobre los efectos del protóxido de Azoe. Wells observó que un joven que inhaló el gas perdió la razón, hasta el extremo de volverse ingobernable.

En tal estado el joven se lesionó una pierna, manándole la sangre de la herida y no obstante le aseguró a Wells, que no había sentido nada absolutamente.

El incidente llamó mucho la atención de Wells y a la mañana siguiente, mientras el doctor Colton le aplicaba el gas, su antiguo discípulo Riggs le extrajo un gran molar, al mismo Wells.

Al recuperarse y ver la muela extraída exclamó triunfante: «He aquí una nueva era de la extracción dental. No me ha dolido ni siquiera como la picadura de un alfiler: *Es el descubrimiento más grande que se ha hecho*».

Después de muchas vicisitudes y penalidades la desesperación se apoderó de Wells, quien decidió suicidarse el 24 de enero de 1848.

Pocos días después de su muerte, llega la grata nueva en que la Sociedad Médica de Francia acordaba que al Doctor Horacio Wells, de Hartford Conecticut, Estados Unidos de América, se debe todo el honor de haber sido el primero que descubrió y aplicó con éxito, el uso de vapores o gases, por medio de los cuales, pueden practicarse sin dolor operaciones quirúrgicas.

vencido de esta realidad: «En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en la mayoría de las cosas) dividirán sus opiniones: los hijos de éstos darán el verdadero fallo».

La humanidad no comprende bien el insigne beneficio que ellos le han hecho al introducir en la mente de los hombres sus ideas y principios, cuyo peso intrínseco, es producto de los más auténticos potenciales psíquicos, dando de esta suerte el empuje que pone en movimiento la gran rueda de la civilización. Ellos representan a los escogidos, los que en verdad sí parece que fueron hechos «a imagen y semejanza de Dios».

En todas las épocas, cuando se han presentado problemas complejos a la humanidad, vemos que son los Grandes Hombres los que vencen la adversidad, salvan los escollos y enrumban la civilización por derroteros que cada vez tienden más a la perfección.

América era una rémora en la revolución social que habían provocado los colosos del pensamiento: Rousseau, Voltaire, Montesquieu, etc., etc. Los hombres eran esclavos; las sociedades políticamente hijastras de la corte; la palabra libertad les estaba vedada a los colonos; la política era privilegio de los españoles y sería más exacto llamarla despotismo; la instrucción se reducía a fanatismo por la religión y por los reyes y la moral si se aprendía era mala, de acuerdo con los ejemplos que daban los dirigentes. En este estado de cosas estuvieron sumidos millones de hombres por más de tres siglos... para despertar de pronto con un mismo espíritu y un mismo grito, el de libertad!!

No se debe considerar como mera casualidad el hecho de que el pronunciamiento haya sido históricamente simultáneo en todo el continente. Hay que buscarla más bien en la conciencia que según el decir de Spencer «es producto de la evolución», de esa evolución natural de la historia que tiende al mejoramiento de la humanidad.

II

Nuestra historia es tan bella, que bien merecería la pluma de los antiguos cantores de los hechos heroicos, para que nos la describieran en esa graciosa forma con que ellos animaban su poética mitología.

Y en verdad que la empresa de libertar la América tenía todo el realce mitológico de los tiempos de la Grecia heroica.

Nada faltaba en aquella grandiosa escena para hacerla interesante: duelos colectivos, combates singulares, torneos caballerescos, nada en fin.... ni la audacia del propósito ni la grandeza de los actores, ni héroes legendarios para presidirla.

Nos hubieran descrito de esa bella manera que sólo sabían hacer los antiguos, como la diosa Juno indignada por el mal trato de que fueron objeto Moctzuma, Atahualpa y otros divinos nativos como Los Toquios, Ulmenes, Caciques y demás noblezas indianas que sucumbieron al poderío español y bastante dada a inmiscuirse en los asuntos de los hombres, encontró una ocasión propicia en la anomalía que presentaba América, para influir en la intervención de los moradores del Olimpo en los asuntos terrenos, inspirada por la simpatía de la causa y la belleza del continente.

Empezó su tarea por crear y luego educar a dos figuras principales y a otros personajes secundarios con diferentes designios, para que completaran la escena que estaba preparando.

Para simbolizar su intervencion creó dos vástagos a los que trajo al mundo bajo signos que influirán en su actuación.

A José de San Martín le escogió origen humilde y para ver la luz por vez primera, una apartada aldea también humilde llamada Yapeyú, que en el idioma natural de los indígenas significa «*el fruto maduro*»,

es decir, el hombre que nació bajo el símbolo del fruto llegado a su tiempo, teniendo la doble interpretación de haber venido al mundo para actuar en la causa Americana, cuando ella había madurado en la conciencia de sus hijos, o también la de haber sido el hombre siempre maduro, ya que San Martín no tuvo infancia ni juventud, y su conducta se caracterizó, por ser *fruto de maduro* razonamiento, y así fué también su vida serena, abnegada y callada, como la aldea que lo vio nacer.

Bolívar tuvo también una característica simbólica, ya que en su primitivo origen su apellido se escribía «*boli b ar*» y cuyo significado era «*pradera del molino*».

Molino significa movimiento, rotación, fuerza que aprovecha los elementos naturales o artificiales, para extraer las sustancias de los frutos de las praderas, y en sentido figurado se le aplica a la persona inquieta, activa, emprendedora y así se caracterizó el Rayo de la Guerra por su incesante movimiento, no pudiendo estar quieto ni en su hamaca, simbolizando bien el movimiento, la rotación, la fuerza en esa gran pradera que fué América.

Quiso esta misma especial providencia que la educación fuese esmerada y a la europea, quizá para que le resaltase más, el cuadro que les presentaba el nuevo mundo con su rudimentaria civilización, en contraste con la antigua y para entonces revolucionada Europa. Esta injusta diferencia, los incitó a tomar parte en los futuros acontecimientos y ambos tomaron la misma resolución más o menos al mismo tiempo, aunque sin conocerse siquiera y aun llevando vidas diametralmente opuestas.

Bolívar el apasionado, el inquieto y de verbo fácil y brillante, en un rapto de alucinación en el Monte Sacro, jura dramáticamente y cónsono con su carácter romántico, darle libertad a su patria.

San Martín quizá por el incidente de Cádiz, seguramente sufrió un fuerte sacudimiento espiritual en

el momento en que cambió el rumbo de su vida, en la misma encrucijada en que se resolvió a combatir contra España, y debe de haber sido también de carácter dramático, pero a su manera silenciosa y aplomada, pues sabemos que le afectaba el separarse de sus amigos o de sus ideas.

Ambos fueron descendientes de españoles, vistieron el uniforme español (*), combatieron contra España, en nombre de la libertad y en sus últimos tiempos quiso el azar que fuesen acogidos bajo el techo de caballeros españoles.

Sintiéndose la esposa de Júpiter satisfecha de la elección y la educación de sus pupilos, ordenó a la Historia y al Tiempo que llamaran a grandes voces y aparecieran ellos, venidos a un mismo tiempo y vestidos con los inmaculados trajes de las virtudes en todas sus manifestaciones, a cumplir la misión más noble entre los nobles, cual es la de dar libertad donde hay opresión.

Solicitó la cooperación de sus tres hijos: Marte, Vulcano y Hebe. A Marte, el Dios de la Guerra, le incitó a que pusiere reluciente su lanza y su rodela para que tomara parte en los triunfos que les tenía preparados a sus pupilos y le dió por residencia las alturas del Chimborazo.

A Vulcano, Dios del Fuego, le encomendó la confección de sendas espadas invencibles, que éste forjó en las fraguas del Cotopaxi, en cuyo cráter tomó residencia. Encomendóle también su madre, que estuviese atento para encender el fuego sagrado de la libertad en el corazón de los Americanos.

A Hebe lo nombró representante de la joven América y sentó sus reales en el trono de plata del Potosí.

(*) San Martín inició su carrera militar en el ejército español, en donde obtuvo el grado de teniente coronel, por su valor en el campo de batalla, especialmente en la guerra contra Napoleón. Bolívar antes de 1810 era coronel de las milicias de Aragua.

Estando todo preparado, la impetuosa Juno le dió comienzo a la contienda, en cuyas incidencias no dejó de intervenir ni su voluntad ni la influencia decisiva de sus hijos. Es fama que estuvo presente en la batalla de Junín, a la cual ella misma le escogió el lugar por la semejanza con su nombre, por la belleza del paisaje y quizá también para que quedara nuestra historia ligada a su augusta personalidad.

Junín fué la más bella batalla de América y en ella intervinieron héroes de Caracas, Bogotá, Quito, Lima, Chile y Buenos Aires, bravos soldados que se habían batido en San Lorenzo, Maypú, Carabobo, Boyacá, Bomboná y Pichincha, presentando la curiosidad de haberse hecho uso solamente del arma blanca, como para no perturbar el silencio en contraste con la majestuosidad del paisaje. Fué un espectáculo mudo y frío, pero los lagos serenos y helados de las alturas de Junín, cual gigantescos espejos, se encargaron de reflejar al Olimpo la grandiosidad de la escena.

Puso en fuga, contra todas las posibilidades a un enemigo hasta entonces invicto y cuyo asombro, expresa muy bien el General Canterac cuando dice, lo que nadie ha podido explicar satisfactoriamente en los grandes sucesos históricos que han transformado el destino humano, «*Una fatalidad tan funesta como incomprensible*», etc., etc.

Por otra parte, la protección de que ellos fueron objeto en peligros mortales hubiera sido motivo de una leyenda especial y el mismo Bolívar dijo ya en las postrimerías de su vida refiriéndose a esta peculiaridad, «*Y además, mis enemigos son unos locos. . . . todos se vuelven locas cuando me quieren hacer la guerra, porque está visto que hay una providencia especial para mí*».

La pluma romántica, superticiosa y poética de un antiguo, nos hubiera descrito, por estos motivos, cómo a San Martín, postrado en tierra y aprisionado bajo el cadáver de su caballo muerto en la refriega de San Lorenzo, le fué interpuesto un personaje del Olimpo que

t transformándose en un granadero de nombre Juan Bautista Cabral, salvó espectacularmente a su jefe en el momento de ser ultimado, siendo por este motivo llevado por Iris, la rápida mensajera, a las alturas del firmamento, en donde quedó transformado en una estrella que forma parte de la cruz del sur.

De la misma manera a Bolívar en Jamaica lo hubieran transformado en el señor Amestoy, quien por quedarse dormido en la hamaca del primero recibió las puñaladas dirigidas al protegido de los Dioses. En el Rincón de los Toros envolviéndolo en densa niebla lo hubieran retirado del campo del peligro, y en Casacoima, convirtiéndolo en laguna, desaparece a sus perseguidores.

Haciendo historia en conjunto se ven coincidencias sugestivas: dos niños nacieron bajo símbolos que les demarcarán sus caracteres, se educaron a la europea, vinieron a un mismo tiempo y a una misma llamada, combatieron por la libertad y por la justicia no solamente con las armas, sino también con la palabra y ejemplo, tenían en común el valor de Aquiles y la misma protección que tuvo Ulises en su odisea, y en fin, son los representantes de los modernos tiempos, como lo fueron los héroes griegos y romanos de los suyos.

III

Sobremanera nos interesa la influencia recíproca que indefectiblemente, era natural en dos grandes hombres, que guiados por los mismos intereses y sirviendo a una causa común, fueron émulos respectivamente tanto en sus hazañas militares como ideales.

A pesar de las pocas noticias recíprocas que tenían, es lógico pensar que cuanto supiera el uno del otro causarían en ambos sorpresa, admiración, respeto mutuo y hasta algo de recelo en cuanto a los planes de libertad de cada cual, pues en lo más íntimo de

su sér abrigaría cada uno el deseo de ser el más útil a la causa de la libertad.

Aun cuando la revolución emancipadora Americana se desarrolló históricamente de una manera conjunta y sus héroes obedecían a los mismos impulsos, no llegaron a concertar ningún plan premeditado, pero si fueron inspirados individualmente por una misma estrategia, como fué la de extender sus respectivos radios de acciones, hasta el mismo corazón de América.

Sus epopeyas fueron semejantes en sus hazañas, en sus dificultades, en el valor temerario, y en la fé que tenían en la justicia de la causa de la libertad.

Cuando Bolívar supo la victoria con que San Martín selló la independencia chilena, exclamó regocijado: *«El día de la América ha llegado»*.

San Martín dice después de haberse retirado a Mendoza, al saber la entrada de Bolívar en Lima: *«Yo creo que todo el poder del Supremo Hacedor no es suficiente a libertar a ese desgraciado país: sólo Bolívar apoyado en la fuerza puede libertarlo»*.

Por otra parte sus respectivas epopeyas tuvieron una influencia determinante en el juego de la revolución que se estaba llevando a efecto. Esta fué de diferentes modalidades, a saber: Influencia estimulante en los Americanos que vieron en ellos a los Titanes capaces de llevar a efecto el preciado sueño de libertad: Influencia desmoralizadora sobre los enemigos, que de pronto viéronse amenazados, por el norte y el sur por capitanes que trayendo en pos de sí, a los hijos de los más apartados rincones del continente, marchaban gustosos a regar con su sangre los campos sagrados de la libertad.

También el mundo recibió la influencia de un continente que quiso ser libre y fuerte.

Desde el punto de vista estratégico, ellos obedecieron a una misma inspiración: pasar los Andes majestuosos que les debía dar los laureles del triunfo y luego

t transformándose en un granadero de nombre Juan Bautista Cabral, salvó espectacularmente a su jefe en el momento de ser ultimado, siendo por este motivo llevado por Iris, la rápida mensajera, a las alturas del firmamento, en donde quedó transformado en una estrella que forma parte de la cruz del sur.

De la misma manera a Bolívar en Jamaica lo hubieran transformado en el señor Amestoy, quien por quedarse dormido en la hamaca del primero recibió las puñaladas dirigidas al protegido de los Dioses. En el Rincón de los Toros envolviéndolo en densa niebla lo hubieran retirado del campo del peligro, y en Casacoima, convirtiéndolo en laguna, desaparece a sus perseguidores.

Haciendo historia en conjunto se ven coincidencias sugestivas: dos niños nacieron bajo símbolos que les demarcarán sus caracteres, se educaron a la europea, vinieron a un mismo tiempo y a una misma llamada, combatieron por la libertad y por la justicia no solamente con las armas, sino también con la palabra y ejemplo, tenían en común el valor de Aquiles y la misma protección que tuvo Ulises en su odisea, y en fin, son los representantes de los modernos tiempos, como lo fueron los héroes griegos y romanos de los suyos.

III

Sobremanera nos interesa la influencia recíproca que indefectiblemente, era natural en dos grandes hombres, que guiados por los mismos intereses y sirviendo a una causa común, fueron émulos respectivamente tanto en sus hazañas militares como ideales.

A pesar de las pocas noticias recíprocas que tenían, es lógico pensar que cuanto supiera el uno del otro causaran en ambos sorpresa, admiración, respeto mutuo y hasta algo de recelo en cuanto a los planes de libertad de cada cual, pues en lo más íntimo de

su sér abrigaría cada uno el deseo de ser el más útil a la causa de la libertad.

Aun cuando la revolución emancipadora Americana se desarrolló históricamente de una manera conjunta y sus héroes obedecían a los mismos impulsos, no llegaron a concertar ningún plan premeditado, pero si fueron inspirados individualmente por una misma estrategia, como fué la de extender sus respectivos radios de acciones, hasta el mismo corazón de América.

Sus epopeyas fueron semejantes en sus hazañas, en sus dificultades, en el valor temerario, y en la fé que tenían en la justicia de la causa de la libertad.

Cuando Bolívar supo la victoria con que San Martín selló la independencia chilena, exclamó regocijado: *«El día de la América ha llegado»*.

San Martín dice después de haberse retirado a Mendoza, al saber la entrada de Bolívar en Lima: *«Yo creo que todo el poder del Supremo Hacedor no es suficiente a libertar a ese desgraciado país: sólo Bolívar apoyado en la fuerza puede libertarlo»*.

Por otra parte sus respectivas epopeyas tuvieron una influencia determinante en el juego de la revolución que se estaba llevando a efecto. Esta fué de diferentes modalidades, a saber: Influencia estimulante en los Americanos que vieron en ellos a los Titanes capaces de llevar a efecto el preciado sueño de libertad: Influencia desmoralizadora sobre los enemigos, que de pronto viéronse amenazados, por el norte y el sur por capitanes que trayendo en pos de sí, a los hijos de los más apartados rincones del continente, marchaban gustosos a regar con su sangre los campos sagrados de la libertad.

También el mundo recibió la influencia de un continente que quiso ser libre y fuerte.

Desde el punto de vista estratégico, ellos obedecieron a una misma inspiración: pasar los Andes majestuosos que les debía dar los laureles del triunfo y luego

encaminar sus pasos hacia el Perú, centro aproximado de la América del Sur. Hicieron de esta suerte un movimiento de conversión a esta región que consideraban como una espina en el corazón de una América libre y a la vez una constante amenaza a su definitiva libertad, pues ellos comprendieron que en la libertad total estribaba la seguridad individual de todas y cada una de las nacientes repúblicas.

En el paso de los Andes, trasmontaron las más altas cumbres venciendo a la adversidad y a la naturaleza en la región de las nieves perpetuas, donde el silencio rara vez es perturbado por el grito del Cóndor y el murmullo de lejanos manantiales. Después de estas proezas semejantes al paso de los Alpes por Aníbal, ambos consiguen resonantes triunfos: San Martín vence al enemigo en Chacabuco y después de sufrir una tremenda derrota en Canche Rayada, su energía y su capacidad le permiten rehacer su ejército y obtener el más grande de sus triunfos en Maypú, una de las más reñidas batallas de América y en donde los realistas perdieron todo su ejército y su equipo y con la cual se confirmó la independencia de Chile.

Bolívar de igual manera consigue sorprendentes triunfos después del paso de los Andes en Pantano de Vargas y luego en Boyacá, en donde el enemigo perdió su ejército con caballería, artillería, municiones, etc., quedando de esta suerte libre la Nueva Granada.

De los sacrificios y vicisitudes que sufrieron en el paso de los Andes dejaron frases que se parecen mucho en su contenido: Bolívar dice al Vicepresidente del Congreso de Angostura: «La aspereza de las montañas que hemos pasado es increíble a quien no las palpa». San Martín dice en una nota cuando se encontraba en el destierro: «Las dificultades que tuvimos que vencer para el paso de la Cordillera, sólo pueden ser calculadas por el que las haya pasado».

Las victorias que ellos obtuvieron después de pasar los Andes fueron el merecido premio de tan colosales

esfuerzos y tienen la feliz coincidencia de que dieron libertad a pueblos hermanos que no eran los propios de los héroes, pero.... ¿a qué estas diferencias que hacemos hoy los pequeños Americanos?... cuando en verdad para ellos su patria fué América y en esto se identificaban a Giordano Bruno, cuando decía: *«para el verdadero filósofo cada país es su patria»*.

El paso de los Andes fué el principio en que se fundó el triunfo total de la independencia de América, pues habiéndose desembarazado de sus enemigos San Martín por el Sur y Bolívar por el Norte, pudieron enderezar sus pasos al mismo corazón de América, o sea el Perú, en donde se encontraba el enemigo en las mejores condiciones de preparación y con la posibilidad de hacer una resistencia ilimitada o también ser el punto de partida de una reacción española para intentar la reconquista de sus antiguos dominios.

A ninguno de los dos les pasó desapercibidas estas posibilidades y comprendieron la necesidad de llevar la guerra al Perú para obtener el triunfo definitivo. San Martín después de independizar a Chile y comprendiendo esta necesidad dice: «Sin en el Perú no hay independencia», y Bolívar en Casacoima, después de haberse salvado milagrosamente y con una camisa por toda vestimenta dice de manera profética: «El Perú será libre».

No estaban equivocados nuestros libertadores al seguir esta estrategia, ya que en el Perú se dió la batalla decisiva de América. En él se encontraban los enemigos fuertes, numerosos, aguerridos, pero aislados en el corazón del continente y rodeados de campeones veteranos en cien batallas.

Ayacucho fué la consecuencia natural de los triunfos de Chacabuco y Maypú en el sur, y de Boyacá, Carabobo y Junín por el norte; ella fué el ocaso de España, en donde perdió no sólo sus dominios de América a la que no supo mantener de buen grado, ni

pudo dominar por la fuerza sino también hasta la esperanza de volver a poseerlos.

Dice José Enrique Rodó refiriéndose a Ayacucho: *«Catorce generales de España, entregan al alargar la empuñadura de sus espadas rendidas, los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando».*

Así terminó la guerra de independencia americana, en el punto en donde habían puesto los ojos estos Grandes Hombres y adonde llevaron hijos de todo el continente a que participaran de la gloria nunca bien ponderada de haber contribuido a emancipar un mundo, que faltaba en la balanza del equilibrio universal.

IV

Existe, no obstante sus triunfos militares, otro factor tan importante como ese y que es precisamente donde se basa la grandeza de estos Americanos: se refiere a lo intelectual, es decir, a esa misión de apóstoles que se encomendaron para con sus hermanos de raza, y en este sentido sus actividades fueron polifacéticas. Si sus triunfos fueron hijos de la libertad, sus ideales y ejemplos serán en el futuro los padres de la felicidad continental, pues ellos hicieron los mayores sacrificios en obsequio de los ideales en que fundaban su grandeza.

Aunque diametralmente opuestos en temperamento, ellos tenían una serie de virtudes que los identificaban como a los benefactores, a quienes los Americanos les debemos en común, todo cuanto tenemos como propio, desde libertad (emancipación) hasta cultura. En torno a ellos giramos como los planetas en sus respectivos sistemas y es por ello que los pintores, escultores, poetas, intelectuales, estadistas, sociólogos, militares, etc., no pueden permanecer indiferentes ante sus verdaderos padres intelectuales. ¿Que tuvieron sus

errores? ¿Quién no los tiene? Con todo, si en América hubiesen existido en los últimos cien años unos cuantos hombres más, con la mitad de su talla solamente, otra sería nuestra suerte.

Día vendrá en que Bolívar y San Martín sean reconocidos como nuestros dirigentes espirituales, en que los egoístas, dejen a un lado su empeño en crear rivalidades entre hombres cuyos grandiosos principios, no siéndoles dado comprender, cargan con la insignificancia de hacer de sus pasiones un comercio, pero sin sentir auténtica admiración por ninguno de los dos héroes.

Para comprenderlos, es necesario que conozcamos sus actuaciones en otros campos que no sea el militar..... esos campos intelectuales que es en donde verdaderamente se ha debatido la civilización, ya que las conquistas de la bayoneta y del cañón, tienen el espacio y el tempo limitado en la historia.

Cuando San Martín entra en Chile victorioso y el Cabildo, entre otras cosas, le acordó la entrega de una buena suma de dinero, el gran capitán lo acepta, pero no para él, sino más bien para fundar una biblioteca pública, con el objeto de que el pueblo se instruyera.

Bolívar igualmente comprende la necesidad de la instrucción pública y dice: «Un pueblo ignorante es el instrumento ciego de su propia destrucción» y en consecuencia se da a la tarea de fundar escuelas en donde le fué posible. En Lima funda las primeras escuelas normales de América, en Bolivia escuelas de minerías, reorganiza nuestra Universidad Central, llama a Bogotá al sabio Bonpland y deja a su maestro Don Simón Rodríguez encargado de la instrucción en la Paz. De esta manera dieron un paso en la liberación intelectual del continente.

El desprendimiento por el dinero y la aversión a las deudas es proverbial en ambos: de una carta de Bolívar a Santander son estas frases: «Aborrezco más

las deudas que a los españoles»; y del testamento de San Martín son estas parecidas: «Declaro no deber, ni haber jamás debido nada a nadie».

Sus conceptos de libertad eran anterosuperiores al rango y a las victorias militares y de acuerdo con ésto dice Bolívar refiriéndose a su conducta en relación con las victorias militares: *«Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria, no es el árbitro de las leyes ni del gobierno, es el defensor de su libertad.»* Y también San Martín dice a sus soldados al entrar al Perú: *«Vuestro deber es consolar a la América, no venir a realizar conquistas, sino a libertar pueblos.»*

El sentimiento de superioridad paternal que tenían para con la raza no bien preparada, lo expresaban con palabras de apóstoles que causan admiración por la pureza de las intenciones. San Martín al reasumir el mando político y militar en el Perú, dió a conocer una proclama, que a falta de otras, podría ella sola servir de guía para conocer su recta y noble personalidad. «Al encargarme de la empresa de la libertad de este país decía no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la causa sagrada de América y de promover la felicidad del pueblo Peruano»; y más adelante continuaba: «Administrar recta justicia a todos recompensando la virtud y el patriotismo, y castigando el vicio y la sedición donde quiera que se encuentren, tal es la norma que regirá mis acciones, mientras esté colocado a la cabeza de esta nación».

Bolívar dice en Lima en 1825 ante el Congreso: *«He solicitado con esmero, a los que profesan modestamente el culto de la conciencia de la religión y de las leyes»*, con cuyas declaraciones demostraban ambos que su influencia no se limitaba a lo militar únicamente, sino que invadían los campos de la conciencia, de las virtudes y del patriotismo, para crear el sentimiento de libertad bien entendido, procurando una valla a las pasiones desbordadas que siempre han confundido la libertad con el libertinaje.

En septiembre de 1822 San Martín dice entre otras cosas ante el Congreso: «Mi gloria está colmada cuando veo instalado el Congreso constituyente. en él dimito el mando que la necesidad me hizo tomar», y como quiera que el Congreso le acuerda diversos honores, como nombramiento de jefe supremo de mar y tierra San Martín, con la modestia y abnegación que caracterizan su vida, renuncia a ellos en una nota que finaliza en en estos términos: *«Si algún día se viera atacada la libertad de los peruanos, disputaré la gloria de acompañarlos para defenderla como ciudadano».*

Bolívar contesta igualmente a la ciudadanía y a las corporaciones de Lima que lo excitaban a que no regresase a Colombia, sino que permaneciese al frente de los destinos del Perú, al final de su improvisado discurso: «El Perú abunda en hombres eminentes: ellos pueden conducir las naves del Estado con tino y sabiduría. *«Si algún día llegase a peligrar el Perú, yo volaría de mi patria a socorrer este gran pueblo».*

La envidia y la ingratitud de los pueblos con frecuencia calumniaron a los libertadores; y algunos los acusaban de quererse proclamar soberanos. Sin embargo, al partir del Perú, San Martín se despide con palabras que son un modelo de virtudes ciudadanas y en una de sus frases dice: *«Por otra parte, yo estoy aburrido de oír decir, que quiero hacerme soberano».*

Bolívar igualmente en carta a Páez para reprocharle sus consejos de que se coronara emperador de los Andes le dice: *Yo no soy Napoleón ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César y mucho menos a un Itárbide, tales ejemplos son indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano, por tanto me es imposible degradarlo».*

La fé que ellos ponían en América era inmensa y San Martín al abdicar el mando y partir para Europa dijo: *«Un encadenamiento prodigioso de sucesos ha hecho ya indiscutible la suerte de América. Mi gloria está colmada».*

las deudas que a los españoles»; y del testamento de San Martín son estas parecidas: «Declaro no deber, ni haber jamás debido nada a nadie».

Sus conceptos de libertad eran anterosuperiores al rango y a las victorias militares y de acuerdo con ésto dice Bolívar refiriéndose a su conducta en relación con las victorias militares: «*Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria, no es el árbitro de las leyes ni del gobierno, es el defensor de su libertad.*» Y también San Martín dice a sus soldados al entrar al Perú: «*Vuestro deber es consolar a la América, no venir a realizar conquistas, sino a libertar pueblos.*».

El sentimiento de superioridad paternal que tenían para con la raza no bien preparada, lo expresaban con palabras de apóstoles que causan admiración por la pureza de las intenciones. San Martín al reasumir el mando político y militar en el Perú, dió a conocer una proclama, que a falta de otras, podría ella sola servir de guía para conocer su recta y noble personalidad. «Al encargarme de la empresa de la libertad de este país decía no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la causa sagrada de América y de promover la felicidad del pueblo Peruano»; y más adelante continuaba: «Administrar recta justicia a todos recompensando la virtud y el patriotismo, y castigando el vicio y la sedición donde quiera que se encuentren, tal es la norma que regirá mis acciones, mientras esté colocado a la cabeza de esta nación».

Bolívar dice en Lima en 1825 ante el Congreso: «*He solicitado con esmero, a los que profesan modestamente el culto de la conciencia de la religión y de las leyes*», con cuyas declaraciones demostraban ambos que su influencia no se limitaba a lo militar únicamente, sino que invadían los campos de la conciencia, de las virtudes y del patriotismo, para crear el sentimiento de libertad bien entendido, procurando una valla a las pasiones desbordadas que siempre han confundido la libertad con el libertinaje.

En septiembre de 1822 San Martín dice entre otras cosas ante el Congreso: «Mi gloria está colmada cuando veo instalado el Congreso constituyente. en él dimito el mando que la necesidad me hizo tomar», y como quiera que el Congreso le acuerda diversos honores, como nombramiento de jefe supremo de mar y tierra San Martín, con la modestia y abnegación que caracterizan su vida, renuncia a ellos en una nota que finaliza en en estos términos: «*Si algún día se viera atacada la libertad de los peruanos, disputaré la gloria de acompañarlos para defenderla como ciudadano*».

Bolívar contesta igualmente a la ciudadanía y a las corporaciones de Lima que lo excitaban a que no regresase a Colombia, sino que permaneciese al frente de los destinos del Perú, al final de su improvisado discurso: «El Perú abunda en hombres eminentes: ellos pueden conducir las naves del Estado con tino y sabiduría. *«Si algún día llegase a peligrar el Perú, yo volaría de mi patria a socorrer este gran pueblo»*».

La envidia y la ingratitud de los pueblos con frecuencia calumniaron a los libertadores; y algunos los acusaban de quererse proclamar soberanos. Sin embargo, al partir del Perú, San Martín se despide con palabras que son un modelo de virtudes ciudadanas y en una de sus frases dice: «*Por otra parte, yo estoy aburrido de oír decir, que quiero hacerme soberano*».

Bolívar igualmente en carta a Páez para reprocharle sus consejos de que se coronara emperador de los Andes le dice: *Yo no soy Napoleón ni quiero serlo, tampoco quiero imitar a César y mucho menos a un Itúrbide, tales ejemplos son indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a cuantos ha recibido el orgullo humano, por tanto me es imposible degradarlo*».

La fé que ellos ponían en América era inmensa y San Martín al abdicar el mando y partir para Europa dijo: «*Un encadenamiento prodigioso de sucesos ha hecho ya indiscutible la suerte de América. Mi gloria está colmada*».

Bolívar demuestra igualmente su fé en América en estas palabras: *Mi esperanza en América es cada día más fuerte. América no es un problema, ni un hecho siquiera, es un decreto soberano e irrevocable del destino*».

V

El punto álgido de los héroes Americanos se refiere a la entrevista de Guayaquil. Mucho han dicho y comentado los críticos a la luz de los escasos documentos que se tienen de las conferencias que mantuvieron; sin embargo, casi todos los que se han ocupado de ello lo han hecho con criterio parcializado.

El mayor error que se acusa cuando se trata de Bolívar y San Martín consiste en el afán de comparación que surge de inmediato en la mente del crítico.

Encuéntresele a cada uno la gloria en su lugar y no donde se le antoje al crítico, que con ésto no acusa sino su incapacidad para juzgar a los grandes hombres. Evítese con espíritu sereno el pecado de crear rivalidades que en realidad ellos nunca tuvieron, en vida, ya que en la misma Guayaquil que pudo haber sido la culminante de esa pretendida rivalidad, no solamente no la hubo, sino que ambos se separaron sin rencores, con el mayor respeto recíproco y solucionando de una vez por todas el problema del futuro de América.

En mi opinión, el noble y grande San Martín, continúa hoy tan incomprendido como lo fué en su tiempo para sus compatriotas y es que los críticos yerran con frecuencia el sendero que conduce a la morada de su grandeza.

Yo considero que la manera correcta de estudiar a los grandes hombres es en sus características intelectuales.

A San Martín puede considerársele como el más bello ejemplo de la abnegación y la modestia de un

gran capitán y es que puede decirse que Napoleón conquistó al mundo y revolucionó las tácticas militares, y de Bolívar: *«Fuede asegurarse que es el hombre más extraordinario que ha producido la América del Sur»*, como dijo el mismo San Martín, pero no se puede decir sino de este último que después de haber dado la libertad a medio continente y en el pináculo de la gloria militar, se retiró voluntariamente de la escena por razones no bien conocidas todavía y que si llegasen a conocer, seguramente serían un poco holgadas para los criterios de los modernos Americanos.

Cuando determinó retirarse voluntariamente del campo político, fueron inútiles las razones que le expuso su entrañable amigo Don Tomás Guido: *«Todo lo he meditado detenidamente—le contestó.—No desconozco ni los intereses de América ni mis deberes. Abandono con pesar a camaradas que quiero como hijos y que tan generosamente me han ayudado»: ¡pero no puedo demorar un solo día, me marcho!»* He ahí la grandeza de San Martín!!.... el símbolo de la libertad, pero con todas sus virtudes y ninguna mancha.... el desprendimiento de su corazón no tiene precedentes en la historia y ningún mortal con sus pasiones y su orgullo podría igualarlo en muchos siglos.... en ese apartado rincón del espíritu, apenas si se tiene precedentes en Benedicto Spinoza, que libertó al mundo de su fanática esclavitud y no obstante, quiso que su obra se publicase después de su muerte.

En Guayaquil el triunfo de Bolívar fué material, en tanto que el de San Martín fué espiritual, venciendo a sí mismo, que es el más difícil obstáculo que tiene siempre un hombre por delante.

Su desprendimiento en Guayaquil no es sino la culminante de una serie de acciones semejantes que confirman su sencillez y su espíritu de sacrificio: Después de haber libertado a Chile le entrega la dirección del Estado a su amigo y compañero de armas O'Higgins. En 1819, se dirige al Perú a dar libertad en vez de ir a Argentina, en donde era esperado para fundar la mo-

narquía y en Lima observa una conducta semejante al desprenderse del mando en documentos cuya acrisolada pureza forma un buen galardón a su gloria.

Su modestia no es falsa, ni siquiera tiene algún interés político, puesto que esta actividad no le atraía, es más bien la inspiración de su espartana fuerza de voluntad, que lo hace dejar una estela de sublime abnegación a través de su vida: se presentaba en público con una sola condecoración militar y no gustaba de la aparatosa ostentación que tanto agradaba a Bolívar, siendo su expresa voluntad que continuase esta actitud con respecto a su persona hasta después de su muerte, como se puede ver en estar frases de su testamento: «Prohibo que se me haga ningún género de funeral y desde el lugar donde falleciere se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento»; bien se le podría decir lo que Don C. Brandt refiriéndose a Diógenes: *«Qué humildad tan soberbia!»*

VI

Tanto Bolívar como San Martín algunos años después sufrieron el destino común que tienen al fin los hombres verdaderamente grandes: la crítica, el desprecio y hasta el odio de sus acreedores.

Bolívar en Santa Marta, enfermo del cuerpo y del alma, recibe golpes morales que acaban por precipitar su muerte; Sucre, el más querido y útil de sus tenientes, es asesinado a traición y de la manera más cobarde. Un enemigo insignificante tomó cruel venganza enviándole una copia del documento en que el Congreso de Valencia decía al Gobierno de Bogotá: *«Que no entraría en tratos con Colombia mientras permitiese Bolívar en su territorio»*. Y es así como pobre, desengañado de todos y alojado en la casa de un buen Español, pasó sus últimos días, filosofando amargamente hasta el punto de exclamar: *«Quienes han trabajado por la independencia suramericana han arado en el mar»*,

seguramente pensó en el héroe de Maypú, su antiguo compañero de causa que fué tan incomprendido.

San Martín en Europa arrastra con una ancianidad achacosa y pobre, siendo también protegido de un caballero español que quiso evitarle la tristeza de morir en un hospital. Se consagró por entero a su hija y sus dos nietecitas componiendo en esta etapa de su vida preciosas máximas.

Una enfermedad de la vista lo dejó ciego, pero se reviste de una paciencia igual a la de Job, y cuando comprende que se acerca *«el día de su muerte»*,—o sea el día en—*«que nacen los hombres verdaderamente grandes»*, según el decir de Víctor Hugo, toma la pluma y redacta su testamento, pero su pase a la inmortalidad se hace esperar todavía un tiempo y él aguarda con la misma serenidad estoica que caracterizó su vida, pero sus amargas decepciones le atraen este pensamiento: *«¡Qué injusto es el Mundo!»* y seguramente lo llevó su memoria hasta Bolívar que había muerto veinte años antes también proscripto por pueblos hijos de sus victorias y de sus sacrificios.

De todas maneras que se mire, la obra común y los ejemplos que ellos dejaron viven en América.

Ellos se encargaron de proclamar a los cuatro vientos que había un nuevo mundo en toda su manifestación material y espiritual... en sus más amplias concepciones filosóficas.

Ellos se dividieron por igual la gloria de ahuyentar la tiranía de todo un continente, inundando los campos de América, no sólo de relampagueantes bayonetas, sino lo que es más, de brillantes ejemplos de patriotismo, rectitud, moralidad, honradez, sacrificios y todo cuanto es digno de la grandeza del linaje humano.

Sus voces fueron las palabras redentoras en que todos creyeron; sus órdenes fueron rayos que encendieron el combustible humano en miles de millas a la

redonda, dando origen a la conflagración que encendió la hoguera más gigantesca que haya presenciado la historia de todos los tiempos, en honor de la libertad.

Sus evocaciones espirituales inspirarán a nuevos hombres que aparecerán en un nuevo tiempo y en distintos lugares, a romper las cadenas de millones de seres que en pleno siglo XX, obedecen, como nosotros entonces, a una autoridad que no es la propia y a una soberanía que no es la legítima de los pueblos.

Ellos inspirarán misiones más perfectas, aunque de la misma clase para que la humanidad vaya adelantando gradualmente hacia su supremo destino, cual es la consecución del bien, objeto de la existencia del hombre y máxima aspiración de aquél a quien se considera como causa y efecto a la vez.









